

clare de las cosas que son propias á aquella de quien se dice alguna de ellas, mas si no las declara todas entera y cabalmente no será igual. Y así á Dios, si nosotros le ponemos nombre, nunca le pondremos un nombre entero y que le iguale: como tampoco le podemos entender como quien Él es, entera y perfectamente. Porque lo que dice la boca es señal de lo que se entiende en el alma. Y así no es posible que llegue la palabra adonde el entendimiento no llega.

Y porque ya nos vamos acercando á lo propio de nuestro propósito, y á lo que Sabino leyó del papel; esta es la causa porque á Cristo nuestro Señor se le dan muchos nombres; conviene á saber, su mucha grandeza, y los tesoros de sus perfecciones riquísimas, y juntamente la muchedumbre de sus oficios, y de los demás bienes que nacen de Él y se derraman sobre nosotros. Los cuales, así como no pueden ser abrazados con una vista del alma, así mucho menos pueden ser nombrados con una palabra sola. Y como el que infunde agua en algún vaso de cuello largo y estrecho, la envía poco á poco y no todo de golpe; así el Espíritu Santo, que conoce la estrechez y angostura de nuestro entendimiento, no nos representa así toda junta aquella grandeza, sino como en partes nos la ofrece, diciéndonos unas veces algo de ella debajo de un nombre, y debajo de otro nombre otra cosa otras veces. Y así vienen á ser casi innumerables los nombres que la Escritura divina da á Cristo. Porque le llama León, y Cordero, y Puerta, y Camino, y Pastor, y Sacerdote, y Sacrificio, y Esposo, y Vid, y Pimpollo, y Rey de Dios, y Carasuya, y Piedra, y Lucero, y Oriente, y Padre, y Príncipe de paz, y Salud, y Vida, y Verdad, y así otros nombres sin cuentos. Pero de aquestos muchos escogió sólo diez el papel como más sustanciales, porque, como en él se dice, los demás todos se reducen ó pueden reducir á estos en cierta manera.

Mas conviene, antes que pasemos adelante, que advertamos primero, que así como Cristo es Dios, así también tiene nombres que por su divinidad le convienen; unos propios de su persona, y otros comunes á toda la Trinidad. Pero no habla con estos nombres nuestro papel, ni nosotros agora tocarémos en ellos: porque aquellos propiamente pertenecen á

los nombres de Dios. Los nombres de Cristo que decimos agora son aquellos solos que convienen á Cristo en cuanto hombre, conforme á los ricos tesoros de bien que encierra en sí su naturaleza humana, y conforme á las obras que en ella y por ella Dios ha obrado y siempre obra en nosotros. Y con esto, Sabino, si no se os ofrece otra cosa, proseguid adelante.

Y Sabino leyó luégo:

§. III.

Es llamado Cristo PIMPOLLO, y explicase cómo le conviene este nombre, y el modo de su maravillosa concepción.

El primer Nombre puesto en castellano se dirá bien PIMPOLLO, que en la lengua original es Cemah, y el texto latino de la Sagrada Escritura, unas veces lo traslada diciendo Germen, y otras diciendo Oriens. Así le llamó el Espíritu Santo en el capítulo cuarto del Profeta Isaias (Isai., c. iv, v. 2). En aquel día el PIMPOLLO del Señor será en grande alteza, y el fruto de la tierra muy ensalzado. Y por Hieremias en el capítulo treinta y tres (Hierem., c. xxxiii, v. 15): Y haré que nazca á David PIMPOLLO de justicia, y haré justicia y razón sobre la tierra. Y por Zacarías, en el capítulo tercero, consolando al pueblo judaico recién salido del cautiverio de Babilonia (Zach., c. iii, v. 8): Yo haré, dice, venir á mi siervo el PIMPOLLO. Y en el capítulo sexto (Ibid., c. vi, v. 12): Veis un varón cuyo nombre es PIMPOLLO.

Y llegando aquí Sabino cesó.—Y Marcelo, sea éste, dijo, el primer nombre, pues la orden del papel nos lo da. Y no carece de razón que sea este el primero. Porque en él, como veremos después, se toca en cierta manera la cualidad y orden del nacimiento de Cristo, y de su nueva y maravillosa generación: que en buena orden, cuando de alguno se habla, es lo primero que se suele decir.

Pero antes que digamos qué es ser PIMPOLLO, y qué es lo que significa este nombre, y la razón por que Cristo es así nombrado, conviene que veamos si es verdad que es aqueste nombre de Cristo, y si es verdad que le nombra así la divi-

na Escritura: que será ver si los lugares de ella agora alegados hablan propiamente de Cristo. Porque algunos, ó infiel ó ignorantemente, nos lo quieren negar. Pues viniendo al primero, cosa clara es que habla de Cristo, así porque el texto caldáico, que es de grandísima autoridad y antigüedad, en aquel mismo lugar adonde nosotros leemos: *En aquel día será el PIMPOLLO del Señor*, dice él: *En aquel día será el Mesias del Señor*: como también porque no se puede entender aquel lugar de otra alguna manera. Porque lo que algunos dicen del príncipe Zorobabel, y del estado feliz de que gozó debajo de su gobierno el pueblo judáico, dando á entender que fué éste el PIMPOLLO del Señor, de quien Isaías dice: *En aquel día el PIMPOLLO del Señor será en grande alteza*, es hablar sin mirar lo que dicen. Porque quien leyere lo que las letras sagradas en los libros de Neemías y Esdras cuentan del estado de aquel pueblo en aquella sazón, verá mucho trabajo, mucha pobreza, mucha contradicción, y ninguna señalada felicidad, ni en lo temporal, ni en los bienes del alma, que á la verdad es la felicidad de que Isaías entiende, cuando en el lugar alegado dice (Isai., c. iv, v. 14): *En aquel día será el PIMPOLLO del Señor en grandeza y en gloria*.

Y cuando la edad de Zorobabel y el estado de los judios en ella hubiera sido feliz, cierto es que no lo fué con el extremo que el Profeta aquí muestra: porque qué palabra hay aquí que no haga significación de un bien divino y rarísimo? Dice, *del Señor*, que es palabra que á todo lo que en aquella lengua se añade lo suele subir de quilates. Dice, *gloria*, y *grandeza*, y *magnificencia*, que es todo lo que encareciendo se puede decir. Y porque salgamos enteramente de duda, alarga, como si dijésemos, el dedo el Profeta, y señala el tiempo y el día mismo del Señor, y dice de aquesta manera: *En aquel día*. Mas qué día? Sin duda ninguno otro sino aquel mismo de quien luégo antes de aquesto decía (Isai., c. iii, vv. 17, 25): *En aquel día quitará al redropelo el Señor á las hijas de Sión el chapín que cruje en los piés, y los garvines de la cabeza, las lunetas y los collares, las ajorcas y los rebozos: las botillas y los calzados altos: las argollas, los apretadores, los zarcillos, las sortijas, las cotonías, las almalafas, las escarcelas, los volantes, y los espejos: y les trocará el ámbar en hediondez, y la cin-*

tura rica en andrajo, y el enrizado en calva pelada, y el precioso vestido en cilicio, y la tez curada en cuero tostado, y tus valientes morirán á cuchillo.

Pues en aquel día mismo, cuando Dios puso por el suelo toda la alteza de Jerusalém con las armas de los romanos que asolaron la ciudad y pasaron á cuchillo sus ciudadanos, y los llevaron cautivos; en ese mismo tiempo el fruto y el PIMPOLLO del Señor, descubriéndose y saliendo á luz, subirá á gloria y honra grandísima. Porque en la destrucción que hicieron de Jerusalém los caldeos (si alguno por caso quisiese decir que habla aquí de ella el Profeta) no se puede decir con verdad que creció el fruto del Señor, ni que fructificó gloriosamente la tierra al mismo tiempo que la ciudad se perdió. Pues es notorio que en aquella calamidad no hubo alguna parte ó alguna mezcla de felicidad señalada, ni en los que fueron cautivos á Babilonia, ni en los que el vencedor caldeo dejó en Judea y en Jerusalém para que labrasen la tierra. Porque los unos fueron á servidumbre miserable, y los otros quedaron en miedo y en desamparo, como en el libro de Hieremías (1) se lee.

Mas al revés, con aquesta otra caída del pueblo judáico se juntó, como es notorio, la claridad del nombre de Cristo. Y cayendo Jerusalén, comenzó á levantarse la Iglesia. Y aquel á quien poco antes los miserables habían condenado y muerto con afrentosa muerte, y cuyo nombre habían procurado oscurecer y hundir, comenzó entónces á enviar rayos de sí por el mundo, y á mostrarse vivo y Señor, y tan poderoso, que castigando á sus matadores con azote gravísimo, y quitando luégo el gobierno de la tierra al demonio, y deshaciendo poco á poco su silla, que es el culto de los ídolos en que la gentilidad le servía; como cuando el sol vence las nubes y las deshace, así Él solo y clarísimo relumbró por toda la redondez.

Y lo que he dicho de este lugar se ve claramente también en el segundo de Hieremías (Hier., c. xxxiii, v. 15), de sus mismas palabras. Porque decirle á David y prometerle que le nacería ó fruto ó PIMPOLLO de justicia, era propia señal de que el fruto había de ser Jesucristo; mayormente añadiendo

(1) Hierem., c. xxxix, v. 5, seq. y c. lii, v. 9, seq.

lo que luego se sigue, y es, que este fruto haría justicia y razón sobre la tierra: que es la obra propia suya de Cristo, y uno de los principales fines para que se ordenó su venida, y obra que Él solo, y ninguno enteramente la hizo. Por donde las más veces que se hace memoria de Él en las Escrituras divinas, luego en los mismos lugares se le atribuye esta obra, como obra sola de Él y como su propio blasón. Así se ve en el Salmo 71, que dice (Ps. 71, vv. 1, 2, 3, y 4): *Señor, da tu vara al Rey, y el ejercicio de justicia al hijo del Rey, para que juzgue á tu pueblo conforme á justicia, y á los pobres según fuere. Los montes altos conservarán paz con el vulgo, y los collados les guardarán ley. Dará su derecho á los pobres del pueblo, y será amparo de los pobrecitos, y hundirá al violento opresor.*

Pues en el tercero lugar de Zacarías (Zach. c. iii. v. 8.), los mismos hebreos lo confiesan, y el texto caldeo que he dicho, abiertamente le entiende, y le declara de Cristo. Y así mismo entendemos el cuarto testimonio, que es del mismo Profeta (Zachar. c. vi. v. 12.). Y no nos impide lo que algunos tienen por inconveniente, y por donde se mueven á declararle en diferente manera, que es decir luego, que este PIMPOLLO fructificará después, ó debajo de sí, y que edificará el templo de Dios, pareciéndoles que esto señala abiertamente á Zorobabel, que edificó el templo, y fructificó después de sí por muchos siglos á Cristo verdadero fruto. Así que esto no impide, antes favorece y es fuerza más nuestro intento. Porque el fructificar debajo de sí, ó como dice el original en su rigor, acerca de sí, es tan propio de Cristo, que de ninguno lo es más. Por ventura no dice Él de sí mismo (Joan. c. xv. v. 5.): *Yo soy vid, y vosotros sarmientos?* Y en el Salmo que agora decía, en el cual todo lo que se dice son propiedades de Cristo, no se dice también (Ps. LXXI. v. 7.): *¿Y en sus días fructificarán los justos?* O si queremos confesar la verdad, quién jamás en los hombres perdidos engendró hombres santos y justos? ó qué fruto jamás se vió que fuese más fructuoso que Cristo? Pues esto mismo sin duda es lo que aquí nos dice el Profeta. El cual porque le puso á Cristo nombre de fruto, y porque dijo señalándole como á singular fruto: *Veis aquí un varón que es fruto su nombre;* porque no se pensase que se aca-

baba su fruto en Él, y que era fruto para sí, y no árbol para dar de sí fruta, añadió luego diciendo: *Y fructificará acerca de sí:* como si con más palabras dijera, y es fruto que dará mucho fruto, porque á la redonda de Él, esto es, en Él, y de Él, por todo cuanto se extiende la tierra, nacerán nobles y divinos frutos sin cuento; y aqueste PIMPOLLO enriquecerá el mundo con pimpollos no vistos.

De manera que este es uno de los nombres de Cristo, y según nuestra orden el primero de ellos, sin que en ello pueda haber duda ni pleito. Y son como vecinos y deudos suyos otros algunos nombres, que también se ponen á Cristo en la santa Escritura. Los cuales, aunque en el sonido son diferentes; pero bien mirados todos se reducen á un intento mismo, y convienen en una misma razón. Porque si en el capítulo treinta y cuatro de Ezequiel (Ezech., c. xxxiv. v. 29.) es llamado *Planta nombrada*, y si Isaias en el capítulo once (Isai. c. xi. vv. 1. y 10.) le llama unas veces *Rama*, y otra *Flor*, y en el capítulo cincuenta y tres (Isai. c. LIII. v. 2.) *Tallo y Raíz*, todo es decirnos lo que el nombre de PIMPOLLO ó de fruto nos dice. Lo cual será bien que declaremos ya, pues lo primero que pertenece á que Cristo se llama así, está suficientemente probado, si no se os ofrece otra cosa.—

Ninguna, dijo al punto Juliano, ántes há rato ya que el nombre y esperanza de este fruto ha despertado en nuestro gusto golosina de él.—Merecedor es de cualquier golosina y deseo, respondió Marcelo, porque es dulcísimo fruto, y no ménos provechoso que dulce, si ya no le menoscaba la pobreza de mi lengua é ingenio. Pero idme respondiendo, Sabino, que lo quiero haber agora con vos. Esta hermosura del cielo y mundo que vemos, y la otra mayor que entendemos, y que nos esconde el mundo invisible, fué siempre como es agora, ó hizose ella á sí misma, ó Dios la sacó á luz y la hizo?—

Averiguado es, dijo Sabino, que Dios crió el mundo con todo lo que hay en él, sin presuponer para ello alguna materia, sino solo con la fuerza de su infinito poder, con que hizo, donde no había ninguna cosa, salir á luz esta beldad que decís. Mas qué duda hay en esto?—Ninguna hay, replicó prosiguiendo Marcelo. Mas decidme más adelante: nació esto de

Dios, no advirtiendo Dios en ello, sino como por alguna natural consecuencia, ó hizolo Dios porque quiso, y fué su voluntad libre de hacerlo?—También es averiguado, respondió luégo Sabino, que lo hizo con propósito y libertad.—Bien decís, dijo Marcelo, y pues conocéis eso, también conoceréis que pretendió Dios en ello algún grande fin.—Sin duda grande, respondió Sabino, porque siempre que se obra con juicio y libertad, es á fin de algo que se pretende.—Pretendería de esa manera, dijo Marcelo, Dios en esta su obra algún interes y acrecentamiento suyo?—En ninguna manera, respondió Sabino.—Por qué? dijo Marcelo.—Y Sabino respondió: Porque Dios, que tiene en sí todo el bien, en ninguna cosa que haga fuera de sí, puede querer ni esperar para sí algún acrecentamiento ó mejoría.—Por manera, dijo Marcelo, que Dios porque es bien infinito y perfecto, en hacer el mundo, no pretendió recibir bien alguno de él, y pretendió algún fin como está dicho. Luego si no pretendió recibir, sin ninguna duda pretendió dar: y si no lo crió para añadirse á sí algo, criólo sin ninguna duda para comunicarse Él á sí, y para repartir en sus criaturas sus bienes.

Y cierto este solo es fin digno de la grandeza de Dios, y propio de quien por su naturaleza es la misma bondad: porque á lo bueno su propia inclinación le lleva al bien hacer; y cuanto es más bueno uno, tanto se inclina más á esto. Pero si el intento de Dios en la creación y edificio del mundo, fué hacer bien á lo que criaba, repartiendo en ello sus bienes; qué bienes, ó qué comunicación de ellos fué aquella á quien como á blanco enderezó Dios todo el oficio de esta obra suya?—No otros, respondió Sabino, sino esos mismos que dió á las criaturas, así á cada una en particular, como á todas juntas en general.—Bien decís, dijo Marcelo, aunque no habéis respondido á lo que os pregunto.—En qué manera? respondió.—Porque, dijo Marcelo, como aquesos bienes tengan sus grados, y como sean unos de otros de diferentes quilates, lo que pregunto es, á qué bien, ó á qué grado de bien entre todos enderezó Dios todo su intento principalmente?—Qué grados, respondió Sabino, son esos?—Muchos son, dijo Marcelo, en sus partes, mas la Escuela los suele reducir á tres géneros, á naturaleza, y á gracia, y á unión personal. A la naturaleza per-

tenecen los bienes con que se nace: á la gracia pertenecen aquellos que después de nacidos nos añade Dios: el bien de la unión personal, es haber juntado Dios en Jesucristo su persona con nuestra naturaleza. Entre los cuales bienes es muy grande la diferencia que hay.

Porque lo primero, aunque todo el bien que vive y luce en la criatura, es bien que puso en ella Dios; pero puso en ella Dios unos bienes para que le fuesen propios y naturales, que es todo aquello en que consiste su ser, y lo que de ello se sigue: y estos decimos que son bienes de naturaleza, porque los plantó Dios en ella, y se nace con ellos, como es el ser, y la vida, y el entendimiento y lo demás semejante. Otros bienes no los plantó Dios en lo natural de la criatura, ni en la virtud de sus naturales principios, para que de ellos naciesen; sino sobrepúsolos Él por sí solo á lo natural, y así no son bienes fijos ni arraigados en la naturaleza como los primeros, sino movedizos bienes, como son, la gracia, y la caridad, y los demás dones de Dios; y aquestos llamamos bienes sobrenaturales de gracia. Lo segundo, dado, como es verdad, que todo este bien comunicado es una semejanza de Dios, porque es hechura de Dios, y Dios no puede hacer cosa que no le remede, porque en cuanto hace se tiene por dechado á Sí mismo; mas aunque esto es así, todavía es muy grande la diferencia que hay en la manera del remedarle. Porque en lo natural remedan las criaturas el sér de Dios; mas en los bienes de gracia remedan el ser, y la condición, y el estilo, y como si dijésemos, la vivienda y bienandanza suya; y así se avecinan y juntan más á Dios por esta parte las criaturas que la tienen, cuanto es mayor esta semejanza, que la semejanza primera; pero en la unión personal no remedan, ni se parecen á Dios las criaturas, sino vienen á ser el mismo Dios, porque se juntan con Él en una misma persona.—Aquí Juliano atravesándose dijo:

¿Las criaturas todas se juntan en una persona con Dios?—Respondió Marcelo riendo: hasta agora no trataba del número, sino trataba del cómo, quiero decir, que no contaba quiénes y cuántas criaturas se juntan con Dios en estas maneras, sino contaba la manera cómo se juntan, y le remedan, que es, ó por naturaleza, ó por gracia, ó por unión de persona:

que cuanto al número de los que se le ayuntan, clara cosa es, que en los bienes de naturaleza todas las criaturas se acercan á Dios; y solas, y no todas, las que tienen entendimiento en los bienes de gracia; y en la unión personal sola la humanidad de nuestro Redentor Jesucristo. Pero aunque con sola aquesta humana naturaleza se haga la unión personal propiamente, en cierta manera también, en juntarse Dios con ella es visto juntarse con todas las criaturas, por causa de ser el hombre como un medio entre lo espiritual y lo corporal, que contiene y abraza en sí lo uno y lo otro; y por ser, como dijeron antiguamente, un menor mundo, ó un mundo abreviado. —

Esperando estoy, dijo Sabino entonces, á qué fin se ordena aqueste vuestro discurso.—Bien cerca estamos ya de ello, respondió Marcelo. Porque preguntóos, si el fin por qué crió Dios todas las cosas, fué solamente por comunicarse con ellas, y si esta dádiva y comunicación acontece en diferentes maneras, como habemos ya visto, y si unas de estas maneras son más perfectas que otras; no os parece que pide la misma razón, que un tan grande artífice, y en una obra tan grande tuviese por fin de toda ella hacer en ella la mayor y más perfecta comunicación de Sí que pudiese?—Así parece, dijo Sabino.—Y la mayor, dijo siguiendo Marcelo, así de las hechas, como de las que se pueden hacer, es la unión personal que se hizo entre el Verbo divino, y la naturaleza humana de Cristo, que fué hacerse con el hombre una misma persona.—No hay duda, respondió Sabino, sino que es la mayor. —

Luego, añadió Marcelo, necesariamente se sigue, que Dios, á fin de hacer esta unión bienaventurada y maravillosa, crió todo cuanto se parece, y se esconde. Que es decir, que el fin para que fué fabricada toda la variedad y belleza del mundo, fué por sacar á luz este compuesto de Dios y hombre, ó por mejor decir, este juntamente Dios y hombre, que es Jesucristo.—Necesariamente se sigue, respondió Sabino.—Pues, dijo entonces Marcelo, esto es ser Cristo fruto: y darle la Escritura este nombre á Él, es darnos á entender á nosotros, que Cristo es el fin de las cosas, y aquel para cuyo nacimiento feliz fueron todas criadas y enderezadas. Porque así como en el árbol la raíz no se hizo para sí, ni ménos el tronco, que

nace y se sustenta sobre ella, sino lo uno y lo otro juntamente con las ramas, y la flor, y la hoja, y todo lo demás que el árbol produce, se ordena y endereza para el fruto que de él sale, que es el fin y como remate suyo; así por la misma manera estos cielos extendidos que vemos, y las estrellas que en ellos dan resplandor, y entre todas ellas esta fuente de claridad y de luz que todo lo alumbra, redonda y bellissima; la tierra pintada con flores, y las aguas pobladas de peces, los animales y los hombres, y este universo todo, cuan grande y cuan hermoso es, lo hizo Dios para fin de hacer hombre á su Hijo, y para producir á luz este único y divino fruto, que es Cristo, que con verdad le podemos llamar el parto común y general de todas las cosas.

Y así como el fruto, para cuyo nacimiento se hizo en el árbol la firmeza del tronco, y la hermosura de la flor, y el verdor y frescor de las hojas, nacido contiene en sí y en su virtud todo aquello que para él se ordenaba en el árbol, ó por mejor decir, al árbol todo contiene; así también Cristo, para cuyo nacimiento crió primero Dios las raíces firmes y hondas de los elementos, y levantó sobre ellas después esta grandeza del mundo, con tanta variedad como si dijésemos de ramas y hojas, lo contiene todo en sí, y lo abarca, y se resume en él, y como dice San Pablo (Ad Colos. c. 1. v. 16), se recapitula todo lo no criado y criado, lo humano y lo divino, lo natural y lo gracioso. Y como de ser Cristo llamado fruto por excelencia, entendemos que todo lo criado se ordenó para Él; así tambien de esto mismo ordenado, podemos rastreando entender el valor inestimable que hay en el fruto, para quien tan grandes cosas se ordenan. Y de la grandeza, y hermosura, y cualidad de los medios argüirémos la excelencia sin medida del fin.

Porque si cualquiera que entra en algún palacio ó casa real rica y suntuosa, y ve primero la fortaleza y firmeza del muro ancho y torreado, y las muchas órdenes de las ventanas labradas, y las galerías, y los chapiteles que deslumbran la vista; y luego la entrada alta y adornada con ricas labores, y después los zaguanes y patios grandes y diferentes, y las columnas de mármol, y las largas salas, y las recámaras ricas, y la diversidad, y muchedumbre, y orden de los apo-